

Agatha
Christie[®]

ASESINATO
EN LA CALLE
HICKORY



booket

Agatha Christie

Asesinato en la calle Hickory

Traducción de C. Peraire del Molino



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Hickory Dickory Dock © 1955 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

The Poirot icon is a trademark, and AGATHA CHRISTIE, POIROT, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie

Traducción de C. Peraire del Molino © Agatha Christie Limited. All rights reserved

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: abril de 2025

Depósito legal: B. 5.760-2025

ISBN: 978-84-08-30124-0

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

Capítulo 1

Hércules Poirot frunció el entrecejo.

—Miss Lemon.

—Diga, monsieur Poirot.

—En esta carta hay tres errores.

Su voz mostraba incredulidad. Miss Lemon, aquella mujer antipática pero eficiente, jamás cometía errores. Nunca estaba enferma, cansada, contrariada ni desacertada. A todos los efectos prácticos no era una mujer, sino una máquina: la perfecta secretaria. Lo sabía todo, lo resolvía todo. Dirigía la vida de Hércules Poirot de modo que también funcionara como un reloj. Orden y método habían sido el santo y seña del detective belga durante muchos años. Con George, el perfecto mayordomo, y miss Lemon, la perfecta secretaria, el orden y el método reinaban supremos sobre su vida. Y ahora que también freían los buñuelos cuadrados, no podía quejarse de nada.

Y no obstante, esa mañana, miss Lemon había cometido tres errores al mecanografiar una carta sencillísima y, lo que era peor, ni siquiera se había dado cuenta. ¡Y el mundo seguía girando!

Hércules Poirot le tendió el ofensivo documento. No estaba disgustado, sino simplemente asombrado. Esta era una de esas cosas que no podían ocurrir, pero que había ocurrido.

Miss Lemon cogió la carta, la miró y, por primera vez

en su vida, Poirot la vio enrojecer, con un rubor que tiñó su rostro hasta las raíces de sus cabellos grises.

—Dios mío —exclamó—, no sé cómo ha ocurrido. Vaya, sí que lo sé. Ha sido por culpa de mi hermana.

—¿Su hermana?

Otra sorpresa. Poirot no había imaginado nunca que miss Lemon tuviera una hermana, padre, madre o tan siquiera abuelos. Su secretaria, en cierto modo, era una máquina tan completa, un instrumento de tal precisión, por así decirlo, que parecía ridículo pensar que pudiera tener afectos, ansiedades o preocupaciones familiares. Era bien sabido que miss Lemon, fuera de las horas de trabajo, se entregaba en cuerpo y alma al perfeccionamiento de un nuevo sistema de archivo que sería patentado y llevaría su nombre.

—¿Su hermana? —repitió por lo tanto Hércules Poirot, con una nota de incredulidad en la voz.

Miss Lemon asintió con gesto enérgico.

—Sí. No creo que le haya hablado nunca de ella. Prácticamente ha pasado toda su vida en Singapur. Su esposo se dedicaba al negocio del caucho.

Hércules Poirot asintió con aire comprensivo. Le parecía muy apropiado que la hermana de miss Lemon hubiera pasado toda su vida en Singapur. Para eso existían lugares como Singapur. Las hermanas de las mujeres como miss Lemon se casaban con hombres de Singapur para que las miss Lemon de este mundo pudieran dedicarse a atender los asuntos de sus jefes con la eficiencia de una máquina (y, desde luego, a inventar sistemas de archivo en sus ratos libres).

—Comprendo. Prosiga usted.

Miss Lemon continuó:

—Se quedó viuda hará unos cuatro años. No tiene hijos. La instalé en un apartamento pequeño y muy bonito, y con un alquiler razonable.

(Evidentemente, solo miss Lemon podía conseguir semejante imposible.)

—Disfrutaba de una posición desahogada, aunque ahora el dinero no valga lo que antes, pues no tiene gustos caros, y disponía de lo suficiente para vivir cómodamente si era cuidadosa. Pero la verdad es que se encontraba sola. Nunca había vivido en Inglaterra y, al no tener viejas amistades ni amigos, disponía de mucho tiempo para aburrirse. A lo que íbamos: hará unos seis meses me comentó que pensaba aceptar un empleo.

—¿Un empleo?

—Sí, de directora o administradora de una residencia de estudiantes. La propietaria era una mujer griega, y deseaba que alguien regentase la residencia en su lugar, que se ocupara de las comidas y servicios, y de que todo marchara sobre ruedas. Es un caserón antiguo, en Hickory Road, no sé si sabe dónde está. —Poirot no lo sabía—. Antes era un barrio distinguido y las casas están bien construidas. Mi hermana dispondría de un buen alojamiento: dormitorio, salón, un baño y una cocina para ella sola.

Miss Lemon hizo una pausa. Poirot emitió un sonido alentador, ya que hasta el momento aquello no parecía precisamente una tragedia.

—Yo no estaba muy segura de la conveniencia del asunto, pero comprendí los argumentos de mi hermana. Nunca ha sido una mujer dispuesta a estarse todo el día de brazos cruzados. Es muy práctica y sabe dirigir. Y, desde luego, no tenía que arriesgar dinero ni nada por el estilo. Era puramente un empleo retribuido. El sueldo no era muy elevado, pero ella no lo necesitaba, y no exigía demasiado trabajo físico. Siempre le han agradado los jóvenes y, al haber vivido tanto tiempo en Oriente, comprende las diferencias raciales y las susceptibilidades de la gente. Los estudiantes de esta residencia son de todas las nacionalidades; la mayoría ingleses, pero creo que hay también algunos negros.

—Es natural —comentó Hércules Poirot.

—Hoy en día, la mitad de las enfermeras de nuestros hospitales son negras —continuó miss Lemon en tono dubitativo—, y tengo entendido que resultan mucho más agradables y atentas que las inglesas. Pero me estoy apartando de la cuestión. Discutimos el asunto y, al final, mi hermana se mudó. Ninguna de las dos apreciamos mucho a la propietaria, Mrs. Nicoletis, una mujer de temperamento incierto, unas veces encantadora y otras, lamento decirlo, muy tacaña y poco práctica. Naturalmente, si no, no hubiera necesitado ayuda. Mi hermana no se deja impresionar por las rabietas y extravagancias de nadie. Sabe llevarse bien con cualquiera y no soporta las tonterías.

Poirot asintió. Notaba un vago parecido con miss Lemon en la descripción de la hermana, una miss Lemon dulcificada por el matrimonio y el clima de Singapur, pero una mujer con el mismo sentido común.

—¿Su hermana aceptó el empleo?

—Sí. Se trasladó al 26 de Hickory Road hará unos seis meses. En conjunto, le gusta el trabajo y lo encuentra interesante.

Hércules Poirot seguía escuchando. Hasta entonces las aventuras de la hermana de miss Lemon estaban resultando insustanciales.

—Pero desde hace algún tiempo está muy preocupada, preocupadísima.

—¿Por qué?

—Verá, monsieur Poirot, no le gustan las cosas que están ocurriendo.

—¿Hay estudiantes de ambos sexos? —preguntó Poirot con delicadeza.

—¡Oh, no, monsieur Poirot, no me refería a eso! Una siempre está preparada para esa clase de contratiempos, ya se los espera. No, han estado desapareciendo cosas.

—¿Desapareciendo?

—Sí. Cosas muy extrañas y de una manera poco natural.

—Al decir que han estado desapareciendo cosas, ¿se refiere a que han sido robadas?

—Sí.

—¿Han dado parte a la policía?

—No, todavía no. Mi hermana espera que no sea necesario. Aprecia a esos jóvenes, es decir, a algunos de ellos, y preferiría arreglar las cosas por sí misma.

—Sí —dijo Poirot pensativo—, lo comprendo. Pero eso no explica, si me permite decirlo, su propia inquietud, que yo he tomado por un reflejo de la preocupación de su hermana.

—Me desagrada esta situación, monsieur Poirot. No me gusta nada. Me es imposible sustraerme a la idea de que está ocurriendo algo que no comprendo. Los hechos no parecen tener explicación lógica, y no se me ocurre ninguna.

Poirot asintió con aire pensativo.

El talón de Aquiles de miss Lemon era siempre su imaginación. Carecía de ella por completo. En los hechos concretos era invencible, pero en las conjeturas se veía perdida. No tenía nada que ver con ella el estado de ánimo de los hombres de Cortés en la cima del Darién.

—¿Se trata de hurtos insignificantes? ¿Obra de un cleptómano tal vez?

—No lo creo. Me documenté sobre el tema en la *Enciclopedia Británica*, y en un libro de medicina —dijo la concienzuda miss Lemon—, pero no quedé convencida.

Hércules Poirot guardó silencio un minuto y medio.

¿Deseaba mezclarse en las preocupaciones de la hermana de miss Lemon y en las pasiones y los agravios de una pensión políglota? Era muy molesto que miss Lemon cometiera errores en sus cartas, y se dijo que, si se metía en aquel asunto, sería por aquella razón. No quiso admitir

que había estado aburridísimo últimamente, y que la misma trivialidad del caso era lo que le atraía.

—«El perejil se hunde en la mantequilla en un día caluroso» —murmuró.

—¿Perejil? ¿Mantequilla? —Miss Lemon lo miró extrañada.

—Es una cita de uno de sus clásicos. Usted sin duda alguna conocerá las aventuras, por no decir las hazañas, de Sherlock Holmes.

—¿Se refiere a esas sociedades de Baker Street y todo eso? —preguntó miss Lemon—. ¡Hombres mayores haciendo el tonto! Pero así son todos. Se vuelven locos por los trenes de juguete. No puedo decir que haya tenido tiempo de leer ninguna de esas historias. Cuando tengo tiempo para leer, lo cual no ocurre a menudo, prefiero otra clase de libros.

Hércules Poirot inclinó la cabeza graciosamente.

—¿Qué le parecería, miss Lemon, si invitara una tarde a su hermana a tomar algo, tal vez el té? Quizá yo pudiera prestarle alguna ayuda.

—Es usted muy amable, monsieur Poirot. Muy amable. Mi hermana tiene todas las tardes libres.

—Entonces mañana, si puede usted arreglarlo.

Y en su momento, el fiel George recibió instrucciones para preparar una merienda de bocadillos simétricos, buñuelos cuadrados con mucha mantequilla y otros complementos de un espléndido té inglés.

Capítulo 2

La hermana de miss Lemon, cuyo nombre era Mrs. Hubbard, tenía un marcado parecido con ella. Era más rolliza, de tez más amarillenta, peinada con más coquetería y algo menos brusca en sus ademanes, pero los ojos que miraban desde aquel rostro redondo y amable tenían la misma mirada astuta que los de miss Lemon detrás de sus gafas.

—Es usted muy amable, monsieur Poirot. Muy amable. Creo que he comido más de lo que debía. Bueno, tal vez otro bocadillo. ¿Té? Bueno, solo media taza.

—Primero merendemos —dijo Poirot— y luego pasaremos a los negocios.

Le sonrió amistosamente y se retorció el bigote mientras Mrs. Hubbard respondía:

—¿Sabe que resulta usted exactamente igual a como lo había imaginado por la descripción de Felicity?

Después de un momento de extrañeza, Poirot comprendió que Felicity era el nombre de la severa miss Lemon, y respondió que no hubiera esperado menos, dada la eficiencia de su secretaria.

—Desde luego —añadió Mrs. Hubbard distraída, cogiendo otro bocadillo—. A Felicity nunca le han interesado los demás. A mí sí. Por eso estoy tan preocupada.

—¿Puede explicarme qué es lo que le preocupa?

—Sí, claro. Sería muy natural que se llevaran dinero, pequeñas sumas: un poco de aquí, otro de allá. Y si se trata-

ra de joyas, lo encontraría lógico. No es que quiera justificarlo, pero sería lógico, un signo de cleptomanía o de mala fe. Pero voy a leerle una lista de los objetos robados y que he anotado en un papel.

Mrs. Hubbard abrió su bolso y sacó una pequeña libreta de notas. Leyó la lista:

Un zapato de noche (de un par nuevo)

Una pulsera (de bisutería)

Un anillo con un brillante (encontrado en un plato de sopa)

Una polvera

Un lápiz de labios

Un estetoscopio

Unos pendientes

Un encendedor

Unos pantalones de franela viejos

Bombillas eléctricas

Una caja de bombones

Una bufanda de seda (que se encontró hecha pedazos)

Una mochila (ídem)

Ácido bórico

Sales de baño

Un libro de cocina

Hércules Poirot inspiró profundamente.

—Curioso —dijo—, y muy muy fascinante.

Estaba embelesado. Miró el rostro severo y ceñudo de miss Lemon y luego el bondadoso y preocupado de Mrs. Hubbard.

—La felicito —le dijo a esta última.

—¿Por qué, monsieur Poirot?

—La felicito por tener un problema tan exclusivo y bonito.

—Para usted tal vez tenga sentido, monsieur Poirot, pero...

—Para mí no lo tiene en absoluto. Me recuerda un juego al que me obligaron a jugar unos jóvenes amigos durante las vacaciones de Navidad. Se llama La Dama de los Tres Cuernos. Cada persona, por turno, dice la siguiente frase: «Fui a París y compré...», agregando algún artículo. El siguiente lo repite añadiendo otro, y el objeto del juego es recordar los artículos en el orden que son enumerados. En algún caso, debo confesar que eran monstruosos y ridículos: una pastilla de jabón, un elefante blanco, una mesa plegable, un pato. La dificultad en recordarlos residía, claro está, en la diversidad de objetos y en que estos no tuvieran relación alguna entre sí, la falta de secuencia. Como en su lista. Y cuando se ha mencionado una docena resulta casi imposible enumerarlos en el orden debido. Cada equivocación se castiga con un cuerno de papel y el participante debe continuar el recitado la vez siguiente diciendo: «Yo, una dama con un cuerno, fui a París», etcétera. Cuando se tienen tres cuernos se pierde el juego y el último que queda es el ganador.

—Estoy segura de que ganó usted, monsieur Poirot —dijo miss Lemon con la fe de una empleada leal.

Poirot se hinchó de gozo.

—Así fue, en efecto. Gané yo. Con los más diversos objetos que pueda usted imaginar, todo gracias al ingenioso truco de organizar una secuencia. Uno se dice mentalmente: «Con una pastilla de jabón lavo la tierra de un gran elefante de mármol blanco que estaba sobre la mesa plegable...», etcétera, etcétera.

—Tal vez pueda hacer lo mismo con esa lista de cosas —comentó Mrs. Hubbard con respeto.

—Sin duda alguna. Una señora con un zapato en el pie derecho se coloca la pulsera en el brazo izquierdo. Luego se pone polvos y se pinta los labios, y al bajar a cenar, se le cae el anillo en la sopa, etcétera. De este modo podría recordar toda su lista, pero no es eso lo que buscamos. ¿Por

qué fue robada una colección de objetos tan diversos? ¿Se esconde algún método detrás de todo esto? ¿Alguna idea fija? En primer lugar tenemos un proceso de análisis. Lo primero es estudiar la lista de objetos con sumo cuidado.

Se hizo un silencio mientras Poirot se aplicaba al estudio. Mrs. Hubbard le observaba con la atención de un niño que contempla a un prestidigitador esperando ver aparecer un conejo o un sinfín de cintas de colores. Miss Lemon, sin impresionarse, se dedicó a considerar las características esenciales de su sistema de archivo.

Cuando al fin habló Poirot, Mrs. Hubbard pegó un respingo.

—Lo primero que me sorprende es esto: de todas las cosas desaparecidas, la mayoría son de escaso valor (el de algunas es casi nulo), con la excepción de dos: el estetoscopio y el anillo con un brillante. Dejemos el estetoscopio aparte por ahora. Vamos a concentrarnos en el anillo. Usted dice que era de valor, ¿como cuánto?

—No sabría decirlo exactamente, monsieur Poirot. Era un solitario con un pequeño grupo de diamantes arriba y abajo. Había sido el anillo de boda de la madre de miss Lane, según tengo entendido. La pobre tuvo un enorme disgusto cuando desapareció, y todos nos alegramos cuando fue encontrado aquella misma noche en el plato de sopa de miss Hobhouse. Todos pensamos que se trataba de una broma muy pesada.

—Y eso pudo haber sido. Pero yo considero que el robo y la devolución son significativos. Si desaparecen un lápiz de labios, una polvera o un libro, no es motivo suficiente para llamar a la policía. Pero un valioso anillo de brillantes es distinto. Cabe la posibilidad de que se dé parte a la policía, así que lo devuelven.

—¿Por qué cogerlo si lo iban a devolver luego? —preguntó miss Lemon, frunciendo el entrecejo.

—Por el momento, dejaremos las preguntas —replicó

Poirot—. Ahora estoy ocupado en clasificar estos robos, y he empezado por el anillo. ¿Quién es esa miss Lane a quien le fue robado?

—¿Patricia Lane? Es una joven muy simpática que estudia para licenciarse en Historia, Arqueología o algo por el estilo.

—¿Goza de buena posición?

—Oh, no. Tiene algo de dinero, pero siempre vigila sus gastos. El anillo pertenecía a su madre. Tiene una o dos joyas bonitas, aunque no posee demasiados vestidos nuevos y últimamente ha dejado de fumar.

—¿Cómo es? Descríbame la a su modo.

—Por el color de su piel, yo diría que es mulata. Discreta y educada, pero no tiene mucho espíritu. Es lo que podríamos llamar una..., bueno, una chica muy formal.

—Y la sortija apareció en el plato de miss Hobhouse. ¿Quién es miss Hobhouse?

—¿Valerie Hobhouse? Es una muchacha morena e inteligente que tiene una manera de hablar muy sarcástica. Trabaja en un salón de belleza. El Sabrina Fair, supongo que lo habrá oído nombrar.

—Y esas dos jóvenes, ¿son amigas?

Mrs. Hubbard reflexionó unos instantes.

—Yo diría que sí, aunque no tienen mucho que ver la una con la otra. Patricia se lleva bien con todo el mundo, sin llegar a ser popular. Valerie Hobhouse tiene algunos enemigos por su lengua viperina, pero también tiene sus seguidores, no sé si me comprende.

—Creo que sí.

De modo que Patricia Lane era agradable, aunque aburrida, y Valerie Hobhouse tenía personalidad. Poirot reanudó su estudio de la lista de robos.

—Lo más curioso son las distintas categorías que representan. Hay fruslerías que podrían tentar a una joven vanidosa y falta de dinero: el lápiz de labios, las joyas de bi-

sutería, la polvera, las sales de baño, y tal vez la caja de bombones. Luego tenemos el estetoscopio, un robo más propio de un hombre que sabría dónde venderlo o empeñarlo. ¿De quién era?

—De Mr. Bateson. Un joven corpulento y simpático.

—¿Estudiante de Medicina?

—Sí.

—¿Se enfadó mucho?

—Se puso lívido, monsieur Poirot. Tiene uno de esos temperamentos coléricos. Es capaz de decir las mayores barbaridades, aunque se le pasa pronto. No es de los que se resignan si le roban sus cosas.

—¿Hay alguien que se resigne?

—Pues sí, Mr. Gopal Ram, uno de nuestros estudiantes indios, sonrío suceda lo que suceda. Alza la mano y dice que las posesiones materiales no tienen importancia.

—¿Le han robado alguna cosa a él?

—No.

—¡Ah! ¿A quién pertenecían los pantalones de franela?

—A Mr. McNabb. Eran muy viejos y cualquiera los hubiera tirado, pero Mr. McNabb tiene un considerable apego a sus trajes viejos y nunca tira nada.

—Así que llegamos a las cosas que no parecen dignas de ser robadas: pantalones de franela viejos, bombillas eléctricas, ácido bórico, sales de baño, un libro de cocina. Pueden ser importantes, pero lo más probable es que no lo sean. El ácido bórico tal vez fue cogido por error, alguien pudo haber quitado una bombilla fundida con intención de cambiarla y se olvidó de hacerlo, y el libro de cocina pudo cogerlo alguien prestado y luego no devolverlo. La mujer de la limpieza pudo llevarse los pantalones.

—Tenemos dos asistentas de plena confianza. Estoy segura de que ninguna hubiera hecho algo así sin preguntarlo primero.

—De acuerdo. Luego está el zapato de noche, de un par nuevo. ¿A quién pertenecía?

—A Sally Finch. Es una muchacha norteamericana que estudia aquí con una beca Fulbright.

—¿Está usted segura de que no lo perdió? No puedo imaginar para qué puede nadie querer un zapato desaparejado.

—No se extravió, monsieur Poirot. Lo buscamos por todas partes. Miss Finch iba a una fiesta vestida «de etiqueta», como dice ella, en traje de noche diríamos nosotros, y los zapatos le eran imprescindibles. No tiene otro par de zapatos de fiesta.

—Algo que le ocasionaría un trastorno además del disgusto. Tal vez eso tenga algo que ver.

Poirot guardó silencio durante unos minutos y luego continuó:

—Nos quedan otras dos cosas: una mochila hecha pedazos y una bufanda de seda en el mismo estado. Aquí tenemos algo que no denota vanidad, ni provecho, sino una venganza deliberada. ¿De quién era la mochila?

—Casi todos los estudiantes la tienen, todos van a menudo de excursión, ya sabe. Y la mayoría de las mochilas son iguales, las compran en la misma tienda, resulta difícil distinguirlas. Pero parece casi seguro que pertenecía a Leonard Bateson o a Colin McNabb.

—Y la bufanda que también apareció hecha trizas, ¿de quién era?

—De Valerie Hobhouse. Se la regalaron por Navidad. Era de color verde esmeralda y de muy buena calidad.

—De miss Hobhouse, ya veo.

Poirot cerró los ojos. Lo que veía mentalmente era ni más ni menos que un calidoscopio. Trozos de bufandas y mochilas, libros de cocina, lápices de labios, sales de baño, nombres y someros retratos de estudiantes. Todo sin conexión ni forma. Incidentes sin ilación y personas girando en

el espacio. Pero Poirot sabía muy bien que, en alguna parte y de algún modo, debía haber un patrón. La cuestión era por dónde empezar.

Abrió los ojos.

—Es un asunto que requiere reflexión, mucha reflexión.

—Oh, estoy segura de ello, monsieur Poirot —asintió Mrs. Hubbard muy seria—. Y no quisiera molestarle.

—No me molesta. Estoy intrigado. Pero, mientras reflexiono, podemos empezar por el lado práctico. Por el zapato, sí, podemos empezar por ahí. ¿Miss Lemon?

—Diga, monsieur Poirot. —Miss Lemon dejó a un lado sus sistemas de archivo, se irguió un poco más y recogió automáticamente su libreta de notas y el lápiz.

—Quizá Mrs. Hubbard pueda darle el compañero del zapato desaparecido. Después vaya a la sección de objetos perdidos en Baker Street. ¿Cuándo desapareció?

Mrs. Hubbard reflexionó unos instantes.

—No lo recuerdo exactamente, monsieur Poirot. Tal vez hará unos dos meses. No puedo precisarlo. Pero Sally recordará la fecha de la fiesta.

—Sí. Bueno... —Poirot se volvió de nuevo a miss Lemon—. No es necesario que precise. Diga que olvidó el zapato en el metro, que es lo más probable, o en un tren de cercanías. O quizá en un autobús. ¿Cuántos pasan por Hickory Road?

—Solo dos, monsieur Poirot.

—Bien. Si no obtiene resultados en Baker Street, pruebe en Scotland Yard y diga que se lo dejó olvidado en un taxi.

—En los baños públicos —le corrigió miss Lemon.

Poirot hizo un ademán.

—Usted sabe más de estas cosas.

—¿Por qué cree usted...? —comenzó a decir Mrs. Hubbard, pero Poirot la interrumpió.

—Primero veamos qué resultados obtenemos. Entonces, si son negativos o positivos, usted y yo, Mrs. Hubbard,

volveremos a cambiar impresiones. Me dirá todas esas cosas que es necesario que yo sepa.

—Creo que ya le he dicho todo lo que sé.

—No, no. No estoy de acuerdo. Aquí tenemos reunidos a varios jóvenes de distintos temperamentos y diferente sexo. A ama a B, pero B quiere a C, D y E se odian quizá por causa de A. Es eso lo que necesito saber. La interacción de las emociones humanas. Las peleas, los celos, las amistades, los odios y resentimientos.

—Le aseguro —explicó Mrs. Hubbard, molesta— que no sé nada de eso. Yo no me meto en nada. Me limito a dirigir la residencia y me ocupo de que los servicios funcionen.

—Pero a usted le interesan las personas. Usted misma lo dijo. Le agradan los jóvenes y aceptó este trabajo no porque le interesara económicamente, sino porque la ponía en contacto con problemas humanos. Debe de haber estudiantes que le sean simpáticos y otros no tanto, o tal vez nada. Debe decírmelo. Sí, ¡tiene que decírmelo! Usted está preocupada, y no por lo que ha ocurrido, porque podría haber dado parte a la policía.

—Le aseguro que a Mrs. Nicoletis no le gustaría ver a la policía en la casa —le interrumpió la mujer.

Poirot continuó, sin hacer caso de la interrupción.

—No, usted está preocupada por alguien que, a su juicio, podría ser el responsable o por lo menos estar mezclado en esto. Y, por consiguiente, alguien a quien usted aprecia.

—Vamos, monsieur Poirot.

—Nada de vamos. Y creo que hace bien en preocuparse, porque lo de la bufanda hecha trizas no es agradable. Ni lo de la mochila. En cuanto al resto, parece infantil y, no obstante, no estoy seguro. No. ¡No estoy seguro en absoluto!